

Ignacio de Loyola

Enrique García Hernán

* ESPAÑOLES EMINENTES



* ESPAÑOLES EMINENTES

Enrique
García Hernán

*Ignacio
de Loyola*

taurus


Taurus*15 x 24 cm / Rústica**Páginas: 544/ Precio: 20,00€**Incluye álbum de fotos***Para ampliar esta información****puedes contactar con:***Paloma Castro**T 677 923 318**pcastro@santillana.es*

Enrique García Hernán

Es doctor por la Universidad Complutense de Madrid y por la Universidad Gregoriana de Roma. Es historiador de la cultura de la época de los Austrias, investigador científico del Instituto de Historia del CSIC, académico correspondiente de la Real Academia de la Historia, vocal de la Comisión Española de Historia Militar y académico de la Academia Ambrosiana de Milán. Ha escrito una veintena de monografías y un centenar de artículos sobre historia militar, política y religiosa. Sus investigaciones se han centrado en la historia de la Compañía de Jesús, así como en las figuras de Francisco de Borja e Ignacio de Loyola. Entre sus obras se encuentran *Consejero de Ambos Mundos. Vida y obra de Juan de Solórzano Pereira (1575-1655)* (2007) y *Ireland and Spain in the Reign of Philip II* (2009).

Francisco, un Papa jesuita

La elección del nuevo Papa nos hace replantearnos la historia de la Compañía de Jesús y en particular la vida de su fundador, Ignacio de Loyola. Francisco I es el primer pontífice de esta Orden, paradójicamente, suprimida en su día por un Papa franciscano.

Ignacio no veía a los jesuitas como obispos o cardenales — bien es verdad que Francisco de Borja, que fue III general de la Compañía, estuvo a punto de ser elegido Papa tras la muerte del dominico Pío V—, sino que prefería que fueran fieles servidores, obedientes al Papa en la misión y dedicados a ayudar a los necesitados. Posiblemente otros muchos jesuitas a lo largo de 400 años podrían haber sido papas —el navarro Francisco Javier o el zaragozano José Pignatelli por ejemplo—, pero es ahora cuando este nombramiento cobra un especial interés. La Iglesia atraviesa un periodo único y complicado, un momento clave en el que incita nuevas reflexiones en torno a ésta y a sus representantes.

¿Cuáles son los preceptos de un pontificado jesuita? ¿Qué podemos esperar de un Papa inspirado en éstos? ¿Qué hubiera hecho Ignacio de Loyola si hubiera sido elegido Papa?

Sinopsis

A lo largo de su azarosa vida, Ignacio de Loyola fue un hombre de muchas facetas: paje, soldado, peregrino, estudiante y sacerdote. Se vio obligado a hacer frente a grandes limitaciones, empezando por su escasa prestancia y su constante mala salud, y tampoco poseyó grandes dotes para el estudio ni la producción literaria. ¿Cuál fue entonces el secreto de su enorme carisma, que le permitió no solo fundar la Compañía de Jesús sino además ser declarado santo por la Iglesia Católica?

De la minuciosa labor de investigación de Enrique García Hernán emerge una figura que forjó su identidad con materiales contradictorios, un mediador flexible, inteligente y creativo, con excepcional capacidad para la conciliación y la comunicación, que supo pactar con diferentes actores y adaptarse a las necesidades de su momento histórico, la convulsa Europa del Renacimiento y la Reforma. Esta novedosa biografía separa nítidamente la idealización religiosa de la realidad documental para trazar el definitivo retrato, no del santo que Ignacio de Loyola llegaría a ser, sino del hombre que fue.

La primera biografía laica del fundador de la Compañía de Jesús, una figura clave de la religión.

Ignacio de Loyola fue un hombre de indudable carisma. Pese a sus aparentes limitaciones (no era un noble, ni un conquistador, ni un intelectual, ni siquiera gozaba de buena salud), fundó y propagó por todo el mundo la Compañía de Jesús, y fue santificado. Tales logros son fruto de una rica y compleja personalidad, en la que destaca la capacidad de mediar, de tender puentes entre ideas contrapuestas y personas enfrentadas, de reconciliar lo irreconciliable. Esa capacidad de ajustar opiniones y de ganar personas, de sintetizar las múltiples opciones político-religiosas de su época, de ser «un fabuloso equilibrista de las difíciles convivencias» es lo que configura su carismática personalidad.

La trayectoria vital de Ignacio despertó el interés de sus coetáneos, especialmente entre los jesuitas de primera hora. Estos biógrafos intentaron recrear en sus escritos una vida de Ignacio perfecta en todos los sentidos, de manera que fuese un modelo paradigmático de comportamiento y contuviese en sí misma la esencia de la Compañía. Cabe tomar esta dirección interpretativa, reflejada en la *Autobiografía* (cuya más antigua copia es del jesuita mallorquín Jerónimo Nadal), con reservas, «no porque contenga errores históricos, sino por incompleta, interesada y atravesada por la mirada de Nadal, además de porque refiere sólo una pequeña parte de la vida de Ignacio, narrada en 1553, muchos años después de los hechos».

En la presente biografía de Ignacio de Loyola, inscrita en el proyecto de biografías *Españoles eminentes* que auspicia la Fundación Juan March y publica la editorial Taurus, Enrique García Hernán se propone recuperar al Ignacio histórico, encuadrarlo en su contexto, lejos de las proyecciones hagiográficas que han rodeado desde siempre su biografía, y dibujar a la persona que realmente fue. Y para ello, el autor del libro echa mano de la que es, precisamente principal cualidad del biografado: la capacidad para mediar.

Cada uno de los que escribieron sobre él destaca un aspecto de su vida. Unos a favor, otros en contra. Los primeros trataron de poner de relieve un modelo de conducta como santo; los segundos, lo que no había de imitarse por hereje. Cada uno aportó su granito de arena, hasta cubrirlo bajo una montaña. Ahora se hace difícil rescatarle. Y yo mismo debo ponerme en la situación de Ignacio, siguiendo su propia ejemplaridad, a fin de proceder como mediador. No solo debo ser mediador entre las figuras contra-

puestas que han escrito sobre él con jesuitismo y antijesuitismo, sino que, como si yo fuera un espejo para Ignacio, debo mediar entre la imagen que emerge de la época pasada y la presente del lector. Me pongo en su papel y, a través de este libro, me sitúo como mediador entre el Ignacio «mediador» que propugno y los lectores — entre los cuales también me encuentro yo como espectador—.

Ignacio de Loyola se estructura en nueve capítulos, cada uno de los cuales se centra en algún momento significativo de la vida de Ignacio: su origen familiar, su etapa de formación como paje, clérigo y soldado, sus primeras inquietudes espirituales en el alumbradismo, su peregrinaje a Jerusalén, sus estudios en París, su actividad en España e Italia, la fundación de la Compañía, las personas con las que trató, y la consolidación de esta.

El trabajo de García Hernán, de gran rigor científico, interesará no sólo al lector especializado (por la riqueza y variedad de fuentes documentales), sino también a cualquier lector curioso, inquieto, que tenga interés por conocer el panorama político, religioso y espiritual en el que se desarrollan el Renacimiento y la Reforma.



Íñigo López de Loyola (el autor ha optado por llamarle *Íñigo* cuando se lo conocía por ese nombre, e *Ignacio* cuando él mismo se lo cambió) nació probablemente en 1491, en Azpeitia (Guipúzcoa), como último de los trece hijos de una familia que, sin ser noble, poseía cierto abolengo y tenía pretensiones de hacer de su solar un mayorazgo. En 1502 la princesa Juana y el archiduque Felipe llegaron a Navarra, y la familia de Íñigo decidió enviarle como paje a la casa de Juana, por lo cual vivió en las sucesivas residencias de los futuros monarcas: Toledo, Zaragoza, Arévalo, Medina del Campo... En su mayoría de edad Íñigo demostró interés por las armas, pese a haber recibido la tonsura eclesiástica a los siete años. También aprendió pronto a defender los intereses de su solar, y a tomar partido en la inestable situación política de la época, con enfrentamientos dinásticos de distintos partidos tanto en la corona de Navarra como en la de Castilla. Los Loyola estaban bajo la protección del duque de Nájera, enfrentado al rey Fernando, por lo que tomaron las armas junto a él.

Tras estos acontecimientos bélicos, Íñigo fue enviado a la casa del contador mayor Juan Velázquez. Allí desempeñó las labores de oficial del contador y de paje. Formar parte de la contaduría real, con su compleja administración burocrática, proporcionó a Íñigo una notable formación administrativa y

económica. Además, su posición en la corte le permitió conocer a numerosas personas que posteriormente alcanzaron puestos de responsabilidad en el gobierno y la cultura.

La primera juventud de Íñigo nos muestra a un hombre impetuoso, presto a tomar las armas. Episodios atestiguados de trifulcas así lo demuestran, hasta tal punto de que en 1515 fue incriminado, junto a su hermano, en ciertos delitos, parece ser que relacionados con las banderías y la defensa de los intereses familiares. También debió de ser un joven enamorado e interesado por las mujeres:

Todos sus primeros biógrafos coinciden en señalar que cedió al «vicio de la carne». [...] Quizá quien mejor lo expresa es Maffei, cuando escribe que «vivió demasiado libre en el amor de las mujeres». Un vanidoso de aspecto vistoso y deslumbrante, bien armado, vestido con colores vivos, melena rubia hasta los hombros, un poco bajo para la altura media pero, quizá por eso, dueño de una tremenda capacidad de persuasión, hubo de tener éxito con las mujeres. Tenía un don natural para encantarlas, cautivarlas, enamorarlas y seducirlas. Toda su vida supo entenderlas, lo que le ayudó a obtener los apoyos necesarios para los fines que se propuso.

En 1515 Íñigo se apartó de Juan de Velázquez y se puso al disposición del duque de Nájera (del padre primero, y de su hijo después), en donde se instruyó en un servicio práctico de defensa de su señor, del rey y de los intereses de los Loyola. Participó como soldado en diversos episodios violentos de la época, tanto los relacionados con el reino de Navarra como en la guerra civil de las Comunidades que afectó a Castilla en 1520-1521. En el asedio a Pamplona por fuerzas franco-navarras, Íñigo, que se encontraba en la ciudad, fue herido por un tiro de artillería, que le rompió una pierna y le lastimó la otra, lo cual le dejó postrado y convaleciente en su hogar familiar durante casi un año. Este episodio resulta fundamental en su vida, ya que la convalecencia conllevó un cambio hacia una existencia marcada por lo espiritual. El alumbradismo, un movimiento espiritual renovador con distintas vertientes, captó el interés de Íñigo.

En 1522 Íñigo dejó Loyola y fue a Cataluña. Hizo voto de castidad. Se instaló en Manresa durante casi un año, desde donde viajaba con asiduidad a Montserrat. La estancia en Manresa fue muy importante para su desarrollo espiritual: vivió en recogimiento, llevó vida de penitente, leyó multitud de libros, estudió, compuso los *Ejercicios Espirituales* y tuvo encuentros con sor María de Santo Domingo, la beata del Barco de Ávila, quien le proporcionó guía espiritual en el movimiento alumbrado. A Íñigo

le influyó sobremanera la tesis de la beata que defendía la ciencia infusa, es decir, la no necesidad de ser un letrado para saber teología: el amor de Dios enseña.

Durante su estancia en Manresa, fraguó una imperiosa necesidad de visitar Jerusalén. Viajó a Barcelona, de allí fue a Roma, y de Roma, a Venecia, desde donde pudo embarcar con rumbo a Tierra Santa. Durante el trayecto, Íñigo dio muestras de su carácter duro y exigente, que le llevaba a regañar con vehemencia, como ilustra la siguiente anécdota:

Durante el viaje hubo de reprender el «pecado nefando», tan extendido entonces en las naves venecianas. La práctica de la homosexualidad y la pederastia era muy frecuente; los venecianos la toleraban con menos mala conciencia que los españoles. Íñigo reprendió a los marineros con tal vehemencia que estos estaban dispuestos a dejarlo abandonado en alguna isla. Los otros españoles le suplicaron que se callara de una vez por todas. Diecisiete años más tarde le contó lo sucedido al jovencísimo Ribadeneira, pero añadió que cuando ya le iban a dejar tirado sopló tal viento que les fue imposible arrimarse a la orilla.

En Jerusalén permaneció en un convento franciscano. Pese a su deseo de quedarse en Tierra Santa, los franciscanos lo disuadieron, dado el peligro que ello comportaba (de hecho, durante su breve estancia los turcos asaltaron el convento, y tuvieron que parapetarse, como le sucedió a Íñigo en el asedio de Pamplona de pocos años antes). Así que retornó a Italia y se encaminó a Barcelona, con la intención de estudiar latín. Allí, en 1524, se puso bajo la protección de Isabel Roser y estudió con el maestro Jerónimo Ardévol. En Barcelona, Íñigo debió de recibir influencia de la doctrina erasmista, acogida por bastantes sabios españoles. Tras dos años de formación, Íñigo fue a la Universidad de Alcalá, en la que había un ambiente claramente erasmista en el que sus apariencias de alumbrado tendrían mayor acomodamiento que en Barcelona. No fue allí tanto con la intención de estudiar como con la de adentrarse en un nuevo mundo de doctrina y espíritu, ampliar su grupo de seguidores y predicar con cierta libertad de movimiento.

En Alcalá movilizó un grupo denominado «Compañía», formado por hombres y mujeres con voto de castidad que predicaban ideas vinculadas al alumbradismo. Esta doctrina, que en principio no se consideró peligrosa, fue paulatinamente objeto de escrutinio inquisitorial, alertado ante las nuevas ideas de corte erasmista y luterano, lo cual tuvo fatales consecuencias para Íñigo. Fue procesado (hasta tres veces) junto a un grupo de

varios sospechosos, y encarcelado. Se le prohibió predicar, adoctrinar y formar conventículos durante tres años.

Tras una estancia en Valladolid, Íñigo fue a Salamanca. Lo cual no resultó ser una buena idea, ya que pesaba sobre él una sentencia condenatoria y la prohibición de predicar, y el ambiente salmantino era claramente antierasmista y antialumbrado. Así que, de nuevo, su tendencia alumbradista a predicar sin haber estudiado teología le volvió a causar problemas, por lo que fue una vez más procesado, encarcelado y condenado, de modo parecido a como sucedió en Alcalá. Tras salir de la cárcel, Íñigo determinó ir a París a estudiar.

En París Íñigo pasó siete años: de 1528 a 1535. Allí se dedicó a satisfacer su necesidad de formación (estudió latín, filosofía y otras asignaturas para obtener el bachillerato y la licencia en teología) y a ganar nuevos compañeros. Se relacionó con multitud de alumnos y profesores. Aprovechó también para hacer viajes a Inglaterra y especialmente a Flandes.

En 1534 tuvo lugar un hecho fundamental para la historia de la Compañía de Jesús: el voto de Montmartre. En esta abadía parisina los compañeros de Íñigo hicieron conjuntamente diversos votos. Íñigo tenía claro que quería establecer la Compañía; no tanto fundar una nueva orden, sino «una forma de vida, un modo de proceder, algo nuclear en cada uno e igual para todos, un mínimo denominador común».

Los votos de Montmartre pusieron en práctica, de manera pública, los *Ejercicios*, lo que propició nuevas denuncias ante el inquisidor. Fue investigado e interrogado —aunque no condenado—: motivo suficiente para que Íñigo abandonase París, pese a dejar (como ya le sucediera en Alcalá y Salamanca) descabezado a su pequeño grupo de compañeros.

Tras una breve estancia en su solar familiar de Azpeitia, viajó a Toledo y Valencia, desde donde zarpó de nuevo a Italia, para juntarse en Venecia con sus compañeros de París. Allí siguió estudiando (gracias a la generosa ayuda de Isabel Roser, su benefactora barcelonesa), entretejiendo su red de amigos y conocidos, y dando a conocer sus *Ejercicios*, que daba a cuantos podía. Sin embargo, pronto pesó sobre su figura la idea de que era un hereje, ante lo cual tuvo que tomar medidas preventivas. Frente a la amenaza de un nuevo proceso inquisitorial, Íñigo decidió (pese a tener en este periodo diversas visiones místicas) que su movimiento no debía limitarse a la vida espiritual interior, sino mostrar de puertas afuera una clara adhesión a la doctrina y la moral oficial del catolicismo, alejándose con determinación de todo lo que sonase a heterodoxo. Él y sus compañeros se ordenaron sacerdotes, y decidieron establecerse en Roma, como gesto de sumisión hacia la ortodoxia que irradiaba el papado. Allí Ignacio se quiso presentar como una nueva persona; tan es así

que en este momento cambió su nombre español, «Iñigo», por el latinizado «Ignacio».

En Roma, Ignacio y sus compañeros sabían que, en una ciudad dominada por las tensiones políticas, no podían predicar ni ejercer de sacerdotes con libertad. Por tanto se fueron haciendo presentes en la ciudad discreta y lentamente. Ello no era óbice para que fueran haciendo adeptos, también entre los poderosos (Ignacio consiguió que personalidades como el doctor Pedro Ortiz o el influyente cardenal Contarini hicieran los *Ejercicios*, de cuyo resultado quedó este último muy satisfecho).



Los primeros jesuitas (Fabro, Laínez, Francisco Javier, Estrada y otros), ya ordenados sacerdotes, empezaron a predicar en italiano por diversas iglesias romanas; también lo hacía Ignacio, pero en castellano: su poca facilidad para los idiomas no invitaba a que lo hiciese en italiano. La Compañía de Jesús, claramente, se consolidó en este periodo: Ignacio estaba dando importantes pasos. Había cambiado mucho, tenía confianza en su Compañía, más próxima a la realidad político-religiosa del momento y cada vez más numerosa. Pero también tenía sentimientos contrapuestos:

Por un lado, veía que la Compañía iba creciendo, formándose y alcanzando los objetivos previstos, se sentía fuerte y tenía nuevas amistades que le apoyaban de verdad. Por otro, no sabía cómo conseguir que se aprobara canónicamente el «modo de vida» que llevaban. Se habían hecho conocidos y, en cierto modo, necesarios, al punto que los portugueses y los españoles querían que algunos de ellos fueran a sus respectivas indias como misioneros. [...] Querían hallar una manera de perpetuar su modo de vida para que otros siguieran sus pasos.

La trayectoria de Ignacio está marcada, como hemos visto hasta ahora, por la persecución de sus ideas religiosas. En mayo de 1538 tuvo lugar el mayor de sus problemas con la ortodoxia católica. Su apariencia de alumbrado, la particular idiosincrasia de sus *Ejercicios* y, muy especialmente, la acusación de hacer una nueva orden sin aprobación papal hicieron que algunos enemigos le atacasen de forma directa y virulenta. Ignacio acudió a las autoridades para apaciguar estas acusaciones (así como las de que ya había sido perseguido por la Inquisición y «había huido de España, Francia y Venecia»). Pidió audiencia con el Papa para exponerle todo lo relativo a su caso y, principalmente, para pedirle una sentencia firme sobre su ortodoxia. El Papa Paulo III le concedió entrevista y obtuvo una sentencia favorable, ante la

que él y su Compañía ofertaron una «oblación», esto es, una puesta a la entera disposición de la voluntad pontificia. La positiva sanción papal alegró y tranquilizó a Ignacio: su sentencia le permitía enseñar a muchachos la doctrina de la Compañía, y le daba la posibilidad de organizar internamente su institución.

Una importante consecuencia de la legitimidad pontificia de los compañeros fue la adhesión al grupo de personas poderosas. Buen ejemplo de ello es la aproximación a Ignacio y su círculo de Margarita de Austria, hija natural del emperador Carlos V, la cual apoyó a Ignacio en sus actividades apostólicas y lo adoptó como confesor en 1542.

La confirmación de la Compañía es inexorable. Ignacio celebra su primera misa. Los *Ejercicios* se van perfeccionando a base de trabajo y dedicación por parte de su autor. Se organizan unas primeras deliberaciones para establecer principios rectores de la Compañía. Ignacio y sus compañeros estaban satisfechos; sentían la necesidad de trasladar a España la fundamental noticia de la aprobación de vida y doctrina otorgada por el Papa que confirmó la Compañía. Allí fue Antonio de Araoz para transmitir la nueva. También fueron algunos compañeros enviados a misiones pontificias por Irlanda, Escocia, Italia, etcétera.

En 1541 Ignacio se estableció en una nueva iglesia para dar comienzo a una etapa de estabilidad. Empieza aquí un periodo de la vida de Ignacio que no es fácil condensar en una biografía; no por falta de fuentes y documentos, sino, precisamente, por lo contrario, como señala el autor:

La biografía de Ignacio atraviesa en su etapa romana numerosas dificultades. Si para la primera parte de su vida, antes de la fundación, había pocas fuentes, ahora es todo lo contrario: disponemos de unas 7.000 cartas. Sin embargo, pocos historiadores, los de antes y los de ahora, se han adentrado en el curso romano del personaje, que en cierto modo está sepultado por la maraña documental. Ni los primeros biógrafos, como Polanco, Ribadeneira, Bartoli o Maffei, ni los más recientes, como Tacchi-Venturi, Villoslada o Tellechea, siguen una biografía lineal, sino que se adentran en la multitud de nuevos personajes que van apareciendo, los jesuitas de segunda y tercera generación, como Araoz, Polanco, Ribadeneira, Borja, Canisio, etcétera. Esto se debe a que la *Autobiografía* de Ignacio finaliza en el inicio de su etapa romana. Para llenar el vacío todos recurren a las cartas de gobierno y a la multitud de anécdotas sobre su vida recogidas por los padres Cámara, Ribadeneira y Polanco.

García Hernán dedica un capítulo, el octavo, a «los hombres y las mujeres de Ignacio». En él analiza con detalle las

relaciones con personas que, por una u otra razón, resultaron importantes en su vida, como sus seguidores Francisco de Borja, el adinerado e influyente duque de Gandía que fue fundamental para la expansión de la Compañía; Juan Alonso de Polanco y Pedro de Ribadeneira, secretarios de Ignacio que desempeñaron un importantísimo papel en la organización y administración de la incipiente Compañía; Pedro Ortiz y Miguel de Torres, amigos incondicionales de Ignacio; los enemigos Melchor Cano y Juan Martínez Silíceo; y algunas mujeres: ciertas visionarias en Roma, beatas españolas, sus «íñigas» de Alcalá y Barcelona, mujeres nobles como Margarita de Austria...

Además de este pormenorizado análisis de relaciones personales, el capítulo octavo repasa otros aspectos importantes de la vida de Ignacio en la década de 1540: su actividad caritativa en Roma; su búsqueda de una autorización definitiva (que legitimase aún más a la Compañía y la confiriese de mayor poder que el otorgado por la primera bula de 1540); la elaboración de las *Constituciones* de la institución (cuya aprobación no pudo ver en vida); el desarrollo, difusión y aprobación de los *Ejercicios*; los problemas con la Inquisición; y la voluntad de abrir un colegio en Jerusalén.

El último capítulo del libro aborda los postreros años de vida de Ignacio: los problemas económicos de la Compañía, el deterioro físico del Ignacio causado por la mala salud que le acompañó toda su vida, su renuncia a presidir la Compañía, su vinculación familiar con los Borja (una sobrina de Ignacio se casó con la hija de Francisco de Borja) y, al fin, las circunstancias de su muerte. El libro se cierra con un interesante epílogo en el que el autor expone las líneas maestras que configuran la personalidad de tan idiosincrásico personaje y una bibliografía que analiza los muchos y diversos relatos biográficos de Ignacio de Loyola, desde sus primeros cronistas hasta los últimos investigadores de su figura y de la Compañía.

* ESPAÑOLES EMINENTES

El proyecto *Españoles eminentes*, puesto en marcha por la Fundación Juan March y la editorial Taurus, pretende contribuir al desarrollo del género biográfico, con la publicación de biografías modernas de españoles de méritos sobresalientes que den a conocer los hechos de su vida y, sobre todo, los rasgos que han elevado sus figuras a la excelencia que hoy se les reconoce.

Estas biografías tienen una secuencia cronológica y ofrecen una semblanza interesante, individualizada y realista del curso de su vida. De esta forma, se busca responder a las expectativas de un lector culto no académico y proporcionarle una aproximación a los hechos del pasado que tome en consideración la influencia de determinadas individualidades y de sus comportamientos paradigmáticos, ejemplares, eminentes, en la configuración de una tradición cultural colectiva.

Españoles eminentes aspira a ser una contribución a una historia de la cultura española a la luz de la ejemplaridad de determinados nombres, acerca de cuya excelencia moral hay amplio consenso. La aplicación de una razón histórico-ejemplar, como en este proyecto de biografías se intenta, quiere ayudar a reescribir la historia de España en una forma mucho más integradora de lo que hasta la fecha ha sido posible.

[Extracto de *Proyecto de biografías: Españoles eminentes*, de **Javier Gomá Lanzón**, Director de la Fundación Juan March]

Títulos ya publicados

Pío Baroja, José Carlos Mainer
Miguel de Unamuno, Jon Juaristi

Títulos de próxima aparición

Cardenal Cisneros, Joseph Pérez
Bartolomé de las Casas, Bernat Hernández
Mariano José de Larra, Santos Juliá
Benito Pérez Galdós, Jordi Canal
Emilia Pardo Bazán, Isabel Burdiel
José Ortega y Gasset, Jordi Gracia

taurus



PRISA EDICIONES